ÚRSULA GUARNIDO



BAHÍA NEGRA

UN CRIMEN EN EL FIN DEL MUNDO

Bahía Negra

Úrsula Guarnido

Bahía Negra
Úrsula Guarnido

Copyright © 2025 por Úrsula Guarnido.
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este material, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso expreso de la autora.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y acontecimientos que aparecen en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o acontecimientos es pura coincidencia.
El libro describe algunas escenas de sexo explícito, por lo que no es apto para lectores menores de 18 años o de la edad legal del país del lector, o si las leyes del país no lo permiten.
Para más información, ursulaguarnido@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 1

Matías Orellana flotaba inmóvil sobre las aguas australes. Sus ojos abiertos, vacíos como ventanas rotas. Las olas, enormes y brutales, lo empujaron contra los acantilados con la indiferencia de quien ha presenciado mil tragedias similares.

El teléfono móvil marcaba las 5:59 de la mañana cuando Helena Durán estiró la mano para silenciarlo antes de que la alarma sonara. Era una costumbre que había perfeccionado a lo largo de años: anticiparse al ruido, controlar cada variable de la mañana como si de una cirugía se tratase.

Se incorporó en la cama con movimientos mecánicos, calculados, sin perder ni un segundo en ese limbo que existe entre el sueño y la vigilia. A los cuarenta y dos años, la doctora Helena Durán había convertido la eficiencia en una forma de ser, y la rutina en su religión particular.

La habitación, como todo en su vida, estaba organizada con una precisión quirúrgica. La ropa del día colgaba de una silla, planchada y lista desde la noche anterior. La taza para el café descansaba junto a la cafetera. Incluso las zapatillas estaban colocadas en el ángulo exacto que permitía calzarlas sin mirar.

Se acercó a la ventana que dominaba el dormitorio principal, mientras el café se disolvía en el agua hirviendo con un siseo suave. El mar embravecido se extendía ante ella, sus aguas grises reflejaban un cielo que parecía hecho de acero líquido. Helena lo contempló por un instante con esa mirada clínica que había desarrollado para observar el mundo: despojada de emociones, centrada en los hechos.

En una repisa cercana a la ventana, una fotografía enmarcada yacía boca abajo, como un secreto que se negaba a ser revelado. Helena pasó junto a ella sin mirarla, como había hecho cada mañana durante los últimos tres años. Sus dedos ni siquiera temblaron al rozar el borde del marco.

El pasillo que conducía hacia la entrada de la casa estaba sumido en esa quietud particular de las casas donde vive una sola persona. Sus pasos resonaron contra el suelo de madera con una cadencia perfecta, pero se detuvieron frente a una puerta cerrada. En ella, un dibujo infantil plastificado proclamaba con letras de colores: "Estudio de mamá - No molestar".

La mano de Helena se alzó hacia el picaporte, sus dedos acariciaron el metal frío durante un instante que se alargó como una eternidad. Pero finalmente, como cada mañana durante los últimos mil días, siguió adelante sin abrir.

***

Esa mañana, las calles de Bahía Negra parecían un decorado abandonado bajo la luz gris del amanecer. Helena caminaba envuelta en un abrigo grueso que la protegía del viento helado que bajaba desde los acantilados, llevando consigo el sabor salado del mar y el aroma de las algas arrojadas a las playas por la tormenta de esa noche.

El pueblo tenía una belleza áspera y melancólica típica de los lugares remotos: casas de piedra y madera que se aferraban a la costa como mejillones a una roca, comercios cerrados con persianas que repiqueteaban al viento, calles empedradas que brillaban húmedas bajo unas farolas que aún luchaban contra la oscuridad.

Pasó frente al cartel que anunciaba con orgullo: "BAHÍA NEGRA - Población: 2,874". Aunque Helena sabía que la cifra era demasiado optimista. Cada invierno, algunos se marchaban en busca de oportunidades en las ciudades grandes. Solo los más tercos, los más enamorados del lugar o los que no tenían otra opción, se quedaban.

El hospital local se alzaba al final de la calle principal como un faro de modernidad en medio de la arquitectura tradicional. Era pequeño, pero equipado con tecnología de última generación, el orgullo de una comunidad que había luchado durante años para conseguir financiación.

—Buenos días, doctora —la saludó Marta desde la recepción en cuanto Helena cruzó las puertas automáticas de cristal—. El café está recién hecho, como le gusta.

Marta Solís tenía sesenta años y una sonrisa que podía iluminar incluso los días más grises de la Patagonia. Había trabajado en el hospital desde su apertura, conocía a cada familia del pueblo y sus historias, y trataba a Helena con esa mezcla de respeto profesional y cariño maternal que caracterizaba a las mujeres de su generación.

—Gracias, Marta —respondió la doctora mientras se sacudía las gotas de humedad del abrigo.

La recepcionista bajó la voz hasta convertirla en un susurro triste:

—Trajeron un cuerpo hace una hora.

Helena se detuvo en seco. En un pueblo como Bahía Negra, donde las muertes violentas eran tan raras como los días sin viento, cualquier fallecimiento inesperado se convertía en noticia.

—¿Un cuerpo? —preguntó, aunque su tono profesional no dejaba traslucir la curiosidad que comenzaba a despertarse en su interior.

—El hijo de los Orellana. El buzo —explicó Marta—. Lo encontraron en la costa norte hace unas horas. El pobre Matías.

Helena asintió lentamente con la cabeza y mantuvo esa expresión de neutralidad clínica que había perfeccionado durante años de práctica médica. Pero por dentro, algo se activó. El instinto forense que había dormitado durante meses de rutina hospitalaria comenzó a desperezarse como un animal que huele la presa.

***

La morgue del hospital era un espacio que Helena había diseñado personalmente: azulejos blancos que reflejaban la luz fluorescente con una crueldad inmisericorde, superficies de acero inoxidable que podían desinfectarse hasta la obsesión, y una temperatura que se mantenía constante para preservar la evidencia.

Se colocó la bata de laboratorio y a continuación los guantes de látex con ese chasquido familiar que siempre precedía al trabajo serio. Sobre la mesa de acero inoxidable, el cuerpo de Matías Orellana esperaba como un enigma por resolver.

Matías era un joven de veinticuatro años y constitución atlética desarrollada por años de buceo en aguas difíciles. Aún vestía parte de su traje de neopreno, y Helena pudo oler el aroma característico

del mar mezclado con algo más: un deje químico que no terminaba de identificar.

Comenzó el examen con la meticulosidad que la caracterizaba. Cada centímetro de piel era un libro por leer, cada marca una palabra en un idioma que había aprendido a descifrar. Las muñecas llamaron su atención de inmediato: marcas circulares, demasiado regulares para ser accidentales, demasiado profundas para haber sido causadas por la fricción con las rocas.

Una contusión en la nuca, perfectamente redonda, como si algo cilíndrico hubiera impactado contra el cráneo con una fuerza considerable. Helena frunció el ceño. En su experiencia, los pocos accidentes de buceo que había visto, no dejaban marcas tan precisas.

Tomó muestras de los pulmones con una jeringa, lo colocó en un tubo de ensayo y lo alzó hacia la luz. Algo no encajaba.

La puerta de la morgue se abrió con un golpe seco que rompió su concentración. El jefe de policía, Diego Salvatierra, entró con esa forma de caminar que Helena había llegado a conocer bien: la de un hombre acostumbrado a que sus palabras fueran ley en un territorio donde él era la máxima autoridad.

Salvatierra tenía cincuenta años y el rostro curtido por el viento de la Patagonia. Su uniforme siempre estaba impecable, pero sus ojos mostraban el cansancio de quien había visto demasiado en una vida dedicada a mantener el orden en un lugar donde el orden era un concepto relativo.

—Durán, ¿qué tenemos? —preguntó sin preámbulos, acercándose a la mesa donde reposaba el cuerpo.

Helena no levantó la vista del microscopio donde estaba examinando una muestra de tejido.

—Aún lo estoy determinando —respondió con esa frialdad profesional que podía resultar exasperante para quienes esperaban respuestas inmediatas como Salvatierra.

El hombre suspiró, un sonido que era más impaciencia que resignación.

—Parece bastante obvio. Chico sale a bucear con mal tiempo, la corriente lo arrastra, se ahoga. Fin de la historia.

Helena levantó la mirada con lentitud, estudiando al jefe de policía con la misma intensidad clínica con que había examinado el cuerpo. Había algo en su prisa por cerrar el caso que activó todas sus alarmas.

—La ciencia forense rara vez trata con lo obvio, jefe Salvatierra —respondió, regresando su atención al cuerpo—. Los datos no mienten. Las interpretaciones apresuradas, sí.

Helena continuó examinando las muñecas del joven, midiendo las marcas con una regla milimétrica. Salvatierra se removió incómodo, como si la meticulosidad de la doctora fuera una acusación silenciosa contra su prisa por cerrar el caso.

—Los padres quieren saber cuándo podrán enterrarlo —insistió—. Han sufrido suficiente.

—Podrán hacerlo en cuanto determine la causa exacta de la muerte —replicó la doctora sin ceder un ápice—. La ciencia no se acelera por el dolor de las familias, por más comprensible que sea.

—Por Dios, Helena —gruñó Salvatierra—. Todos sabemos lo que pasó. Dale paz a la familia. Deja que entierren a su hijo cuanto antes y así puedan descansar.

En ese instante, la puerta de la morgue se abrió de nuevo. Una mujer entró con pasos decididos, irradiando una energía que contrastaba dramáticamente con la atmósfera lúgubre del lugar.

—Disculpen la interrupción —dijo, pero su tono indicaba que no se disculpaba en absoluto.

Salvatierra se giró, visiblemente irritado por la nueva intrusión en lo que consideraba su territorio.

—¿Y usted es...? —inquirió con esa cortesía forzada que los funcionarios usan cuando no quieren parecer groseros pero tampoco amables.

Verónica extrajo una placa de su chaqueta con un movimiento mecánico que hablaba de años de práctica.

—Detective Verónica Luján. De homicidios. Transferida de la Policía Federal, Buenos Aires. Me asignaron ayer a este caso.

Salvatierra parpadeó sorprendido. En Bahía Negra, las sorpresas administrativas eran tan raras como las visitas oficiales de la capital.

—No me informaron de ninguna transferencia —murmuró.

Verónica sonrió, y había algo en esa sonrisa que sugería que disfrutaba con la confusión del jefe de policía.

—El papeleo siempre va más lento que las personas, jefe. Ya sabe cómo son estas cosas.

Se acercó al cuerpo con la confianza de alguien acostumbrado a examinar escenas de crimen. Helena la observó con curiosidad, notando la forma en que esa mujer analizaba los detalles sin parecer perturbada por la presencia de la muerte.

—¿Causa de muerte? —preguntó, dirigiéndose directamente a Helena.

—Estaba por determinarla —respondió la doctora, y sus ojos se desviaron brevemente hacia Salvatierra—. El jefe Salvatierra sugiere ahogamiento accidental.

Verónica alzó una ceja, un gesto que Helena encontró inexplicablemente atractivo.

—¿Y usted qué opina, doctora?

Helena dudó un momento. La presencia de Salvatierra la había mantenido cautelosa, pero algo en la actitud directa de esa mujer la invitaba a hablar con franqueza.

—Hay inconsistencias, muchas —admitió con un suspiro.

—¿Cómo cuáles? —inquirió Verónica, acercándose más al cuerpo.

Helena sintió una extraña calidez al ver que alguien estaba interesado en sus hallazgos científicos.

—Marcas en las muñecas incompatibles con un accidente de buceo. Son demasiado uniformes, demasiado profundas —explicó, señalando las lesiones—. Y además…

Alzó el tubo de ensayo que había llenado con el líquido extraído de los pulmones.

—Este líquido no es agua de mar.

Verónica se inclinó para observar mejor, y Helena percibió su perfume: algo cítrico y fresco que contrastaba con el olor antiséptico de la morgue.

—¿No? ¿Y qué es? —preguntó intrigada la detective.

—No tiene la salinidad correcta. Es agua dulce, o mayormente dulce junto a alguna otra sustancia que todavía no he identificado —explicó Helena, sorprendiéndose de lo cómoda que se sentía

compartiendo sus observaciones—. Si Matías se hubiese ahogado en el mar, sus pulmones estarían llenos de agua salada.

Salvatierra se tensó de manera visible.

—Detective —intervino, dirigiéndose a Verónica con una autoridad forzada—, agradezco su... entusiasmo, pero esta es una comunidad pequeña. Nos ocupamos de nuestros asuntos internos sin necesidad de complicaciones externas. Llamaré a Buenos Aires para indicar que su presencia no es necesaria.

Verónica lo miró con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Un posible homicidio es asunto de todos, jefe. Especialmente de la justicia.

Salvatierra miró a ambas mujeres, evaluando la situación como un político astuto que calcula los votos necesarios para ganar unas elecciones.

—Hagan su trabajo —concedió al fin, aunque su voz llevaba una advertencia implícita—. Pero con discreción, por favor. Este pueblo vive del turismo y la pesca. No necesitamos rumores que ahuyenten a los visitantes o alarmen a los locales.

Salió de la morgue casi arrastrando los pies, claramente decepcionado.

Verónica observó a Helena, que había vuelto su atención al cuerpo.

—Detective Luján —se presentó formalmente, aunque ya se habían presentado.

Helena no levantó la vista del microscopio.

—Dra. Durán —respondió con esa economía de palabras que caracterizaba cada una de sus interacciones sociales.

—¿Cuándo tendrá el informe completo? —inquirió Verónica.

—Cuando esté listo.

La detective sonrió.

—Me han dicho que soy impaciente. Pero también persistente.

Helena le clavó la mirada y por un momento, sus ojos se encontraron en una extraña conexión que ninguna de las dos había anticipado. Había algo en esos ojos que la desarmaba: inteligencia, determinación, pero también una calidez humana que Helena había olvidado que existía.

—Y a mí me han dicho que soy meticulosa. Y muy reservada —respondió Helena, sorprendiéndose de haber revelado algo personal.

Sus miradas se sostuvieron un momento más de lo necesario. Helena sintió una extraña electricidad recorrer su espina dorsal, una sensación que no experimentaba desde hacía años y que la desconcertó.

Verónica sonrió de nuevo.

—Entonces quizás nos vamos a complementar bien, doctora —añadió con un guiño de ojo.

Capítulo 2

La planta pesquera Aguirre era una bestia de acero y hormigón que devoraba el océano, pero que también escupía mucho dinero.

Javier Aguirre permanecía inmóvil en la plataforma elevada, observando el caos organizado que se desarrollaba bajo sus pies, como si fuese un general contemplando las tropas antes de la batalla.

El ruido era ensordecedor: el rugido de las máquinas procesadoras, el silbido del vapor, los gritos de los trabajadores que se comunicaban por encima del estruendo industrial. El aroma a pescado fresco se mezclaba con el olor penetrante de los productos químicos utilizados para la conservación. Una sinfonía olfativa que hablaba de trabajo duro y beneficios más que abundantes.

A sus cincuenta y ocho años, Javier había construido este imperio desde la nada. Su traje, aunque caro, era funcional: materiales que no se manchaban con facilidad, corte que permitía el movimiento sin perder elegancia. Era un hombre que entendía que el poder verdadero no se exhibía, sino que se ejercía.

Un asistente se acercó corriendo por la pasarela metálica, sus pasos resonando contra el acero galvanizado. Era joven, nervioso, el tipo de empleado que Javier mantenía cerca para estas precisas ocasiones: cuando necesitaba información rápida sin hacer preguntas incómodas.

El hombre se inclinó hacia el oído de su jefe, su voz apenas audible por encima del ruido de la maquinaria. Las palabras que susurró hicieron que la expresión de Javier se endureciera como si fuese cemento fraguándose al sol.

—¿Cuándo llegó? —preguntó sin apartar la vista de las líneas de producción.

—Esta mañana, señor. Directamente desde Buenos Aires.

Javier asintió lentamente con la cabeza y sus manos se aferraron con más fuerza a la barandilla metálica. El frío del acero se filtró a

través de sus palmas, pero no era nada comparado con la sensación de inquietud que comenzó a extenderse por su pecho.

***

La oficina de Javier Aguirre ocupaba todo el último piso del edificio administrativo, con ventanales panorámicos que ofrecían una vista espectacular del mar y de la planta procesadora. Era un espacio diseñado para impresionar: suelos de mármol importado, muebles de cuero italiano, y una colección de obras de arte que habría sido la envidia de cualquier museo de una ciudad pequeña.

Javier permaneció de pie frente a la ventana principal, contemplando el océano que había sido la fuente de su fortuna. Las olas se estrellaban contra los muelles de hormigón con una violencia que parecía presagiar tormenta, aunque el cielo permanecía despejado.

El sonido de pasos sobre el mármol lo alertó de la llegada de su visitante. Diego Salvatierra entró sin llamar, un privilegio que muy pocos tenían en el imperio de Javier Aguirre.

—¿Una detective de Buenos Aires? —inquirió sin girarse, su voz manteniendo esa calma tensa que sus empleados habían aprendido a temer—. ¿Por qué no me avisaste?

Salvatierra se detuvo a medio camino del escritorio, como si fuera consciente de pisar terreno peligroso. Su uniforme de jefe de policía estaba impecable como siempre, pero las pequeñas gotas de sudor en su frente delataban su nerviosismo.

—No lo sabía, Javier —respondió con familiaridad—. Llegó sin previo aviso. Transferencia de última hora. No me gusta nada.

—¿Y la forense? —la pregunta cayó como una hoja de cuchillo.

—La doctora está haciendo análisis adicionales —admitió Salvatierra, aflojándose imperceptiblemente el cuello de la camisa.

Javier Aguirre se giró lentamente, como un depredador que finalmente decide mostrar su rostro. Sus ojos, del color del acero templado, se clavaron en los de Salvatierra con una intensidad que habría hecho temblar a hombres más fuertes.

—¿Adicionales? —repitió, saboreando cada sílaba—. Creí que habíamos acordado que esto sería rápido. Me diste tu palabra.

—Helena Durán no es alguien fácil de persuadir, ya lo sabes —confesó Salvatierra—. Es... meticulosa.

—Meticulosa —murmuró Javier, como si probara el sabor de una palabra desagradable—. Qué inconveniente.

El sonido de tacones sobre mármol interrumpió la conversación. Ambos hombres se giraron hacia la puerta justo cuando Lucía Aguirre irrumpió en la oficina como una ráfaga de viento.

A los veintidós años, Lucía era la versión femenina de su padre: hermosa de una manera que podía ser tanto angelical como peligrosa, dependiendo de la luz. Su cabello negro caía en ondas perfectas sobre los hombros, enmarcando un rostro que habría sido digno de una revista de moda si no fuera por los ojos enrojecidos que delataban lágrimas recientes.

Vestía ropa informal pero claramente cara: vaqueros que se ajustaban como una segunda piel, un jersey de cachemira que probablemente costaba más que el salario mensual de la mayoría de los trabajadores de la planta. Pero había algo en su postura, en la forma en que caminaba, que sugería que el dinero no era lo que la definía.

—Papá, necesito hablar contigo —anunció, pero se detuvo en seco al ver a Salvatierra.

Sus ojos, del mismo color acero que los de su padre, se movieron entre ambos hombres.

—Ahora no, Lucía —respondió Javier, aunque su voz se suavizó ligeramente. Era el único ser humano en el mundo que podía provocar esa reacción en él.

—Es sobre Matías —insistió ella, plantándose en el centro de la oficina como si fuera su territorio y no el de él.

La temperatura en la habitación pareció descender varios grados. Javier intercambió una mirada rápida con Salvatierra, una comunicación silenciosa perfeccionada a lo largo de años de colaboración.

—Lucía —la voz de Javier se volvió cortante como cristal roto—, ya discutimos esto. El chico tuvo un accidente. Terrible, sí. Pero no te concierne.

—Me concierne más de lo que crees —replicó ella, elevando la voz.

El silencio que siguió fue denso como la niebla marina. Salvatierra se removió incómodo, claramente consciente de estar presenciando algo que trascendía la muerte accidental de un buzo.

—Quizás deba retirarme... —murmuró el jefe de policía.

—No —la orden de Javier fue tajante—. Mi hija ya se iba.

Se acercó a Lucía con pasos medidos, colocando las manos sobre sus hombros con una suavidad que contrastaba de manera dramática con la tensión que rebosaba en la habitación.

—Hablaremos luego, princesa —su voz recuperó esa calidez paternal que reservaba exclusivamente para ella—. Por favor.

Lucía miró a ambos hombres, pero sus ojos se detuvieron un momento más en Salvatierra, como si estuviera memorizando cada detalle de su expresión. Finalmente, asintió y se dirigió hacia la puerta, aunque se detuvo en el umbral.

—Matías no era solo un buzo para mí, papá —dijo sin girarse—. Y creo que tú lo sabes.

La puerta se cerró tras ella con un clic suave que resonó como un disparo en el silencio.

Javier permaneció inmóvil durante varios segundos, observando la puerta por donde había desaparecido su hija. Cuando finalmente se giró hacia Salvatierra, toda la calidez paternal se había evaporado, reemplazada por algo mucho más frío y peligroso.

—Mantén controlada la situación, Diego —su voz parecía un susurro mortal—. Ya sabes lo que está en juego.

Salvatierra asintió y se dirigió hacia la puerta, pero la voz de Javier lo detuvo antes de que pudiera salir.

—Y Diego... asegúrate de que mi hija no se convierta en un problema.

Capítulo 3

La playa rocosa se extendía como una cicatriz dentada entre el mar embravecido y los enormes acantilados que protegían Bahía Negra de los vientos del sur. Helena Durán caminaba sola por la orilla, sus botas crujiendo sobre los guijarros húmedos mientras el viento helado del atardecer azotaba su rostro.

Se había puesto ropa de abrigo: un anorak resistente al agua, pantalones gruesos, guantes que le permitían mantener la destreza manual. Incluso en los momentos de descanso, Helena se preparaba con precisión.

El mar rugía con violencia, las olas se estrellaban contra las rocas volcánicas con un estruendo que ahogaba cualquier otro sonido. El aire sabía a sal y algas, con un deje metálico que Helena había aprendido a asociar con las tormentas que se gestaban en alta mar.

Se detuvo en seco y su mirada captó algo que no encajaba en el paisaje natural. Entre las rocas, donde las olas habían dejado pequeños charcos de marea, algo viscoso y de color anómalo se aferraba a la piedra volcánica.

La doctora se acercó con cautela. Del bolsillo de su anorak extrajo un pañuelo y guantes de látex, herramientas que llevaba consigo con la misma naturalidad con que otros llevan las llaves o un teléfono.

La sustancia era gelatinosa, con un color verdoso que no correspondía a ninguna de las algas nativas de la zona. Su aroma era químico, sintético, completamente ajeno al ecosistema marino natural.

—¿Siempre trabajas después de horas? —la voz llegó desde atrás, transportada por el viento.

Helena se giró con lentitud, sin mostrar sorpresa, aunque su corazón se había acelerado. La detective Verónica Luján se encontraba unos metros más atrás, luchando contra las ráfagas de viento que amenazaban con despeinarla por completo. Llevaba la

misma chaqueta de cuero de esa mañana, claramente inadecuada para el clima patagónico, y su cabello negro ondulado se agitaba como una bandera de guerra.

—Podría preguntarte lo mismo —replicó Helena, guardando cuidadosamente la muestra en un recipiente estéril.

Verónica sonrió, y había algo en esa sonrisa que sugería que disfrutaba con los intercambios verbales. Se acercó con pequeños pasos, evaluando el terreno rocoso con la cautela de quien no está acostumbrado a este tipo de superficie.

—Touché —admitió, deteniéndose a una distancia que era próxima pero no invasiva—. ¿Qué encontraste?

Helena observó a la detective durante unos segundos, como si estuviera calibrando cuánta información podía compartir.

—No estoy segura —respondió finalmente—. Podría ser nada.

—O podría ser mucho —completó la detective.

Helena terminó de guardar la muestra y sonrió.

—¿Vienes a menudo aquí? —preguntó Verónica, su voz apenas audible por encima del rugido del mar.

—Vivo cerca —Helena señaló vagamente hacia los acantilados—. Caminar me ayuda a pensar. Siempre lo ha hecho.

—¿Y en qué piensas?

—En el caso —respondió, aunque ambas sabían que era una verdad incompleta.

—Sabes que no fue un accidente, ¿verdad? —la detective dio un paso más cerca, y Helena pudo percibir su perfume mezclándose con el aroma salino del mar.

Helena la miró directamente, sus ojos grises encontrándose con los castaños de Verónica en una mirada que duró varios segundos más de lo socialmente apropiado.

—La evidencia sugiere esa posibilidad —respondió con cautela.

—¿Y tú qué crees? —insistió Verónica.

—Yo no creo —susurró Helena, apartándose ligeramente y restableciendo la distancia física entre ambas—. Yo analizo.

Verónica soltó una suave carcajada, como si supiese que había encontrado a alguien que hablaba su idioma aunque fuera en un dialecto diferente.

—Todos creemos algo, doctora. Incluso los científicos —insistió.

El viento arreció de repente, trayendo consigo el aroma de lluvia y sal concentrada. Verónica se estremeció y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No estás vestida para este clima —observó la doctora con cierto tono de preocupación en la voz.

La detective sonrió de nuevo antes de responder y sus facciones se suavizaron.

—No me avisaron de que vendría al fin del mundo —bromeó, aunque sus dientes comenzaban a castañear.

Helena permaneció en silencio durante varios segundos, luchando con algún tipo de decisión interna. Su mirada se movió entre Verónica y la dirección de su casa, visible desde donde se encontraban.

—Mi casa está cerca —admitió con un suspiro—. Podemos revisar las muestras allí si te apetece.

Verónica la estudió con una intensidad que hizo que Helena se preguntara si había cometido un error. Al fin y al cabo, ella misma se daba cuenta de que la invitación era tanto profesional como personal.

—Me encantaría —respondió la detective, y su sonrisa dejó ver que entendía las múltiples capas de la oferta.

***

La casa de Helena era exactamente lo que la detective había esperado: un refugio minimalista que hablaba de una mente que valoraba más la funcionalidad que la calidez. Los grandes ventanales ofrecían unas hermosas vistas panorámicas del océano, ahora oscuro por el mal tiempo, mientras que el interior mantenía una neutralidad estudiada: colores suaves, líneas limpias, cada objeto parecía estar en su lugar preciso.

Mientras Helena preparaba café en la cocina, la detective examinó la sala con curiosidad. No podía evitarlo, siempre lo hacía. Era una parte de su trabajo como policía que siempre traspasaba a otros aspectos de su vida. En la casa no había desorden, pero tampoco había objetos personales visibles, nada que revelara la

personalidad de quien vivía allí. Era como si Helena hubiera borrado de manera sistemática cualquier rastro de humanidad del espacio.

—Bonito lugar —comentó, aunque la palabra 'bonito' no capturaba del todo la sensación de vacío que emanaba la casa.

—Funcional —corrigió Helena desde la cocina.

Verónica continuó su exploración de manera casual hasta que algo llamó poderosamente su atención en la repisa de la chimenea. Una fotografía enmarcada yacía boca abajo, como si alguien hubiera decidido deliberadamente ocultar su contenido. La curiosidad venció a la cortesía.

La imagen que apareció al darle la vuelta le robó el aliento. En ella, Helena sonreía con una naturalidad que contrastaba de manera dramática con la mujer reservada que acababa de conocer. A su lado, una mujer de edad similar la miraba con cariño, mientras una niña de unos ocho años se acurrucaba entre ambas con esa felicidad despreocupada de la infancia.

El sonido de pasos sobre el suelo de madera la alertó del regreso de la doctora. Cuando se giró, la encontró inmóvil en el umbral, con dos tazas de café en las manos y una expresión que había pasado de la cordialidad tensa a algo demasiado cercano al pánico.

—Lo siento —murmuró la detective, extendiendo la fotografía como si fuera la evidencia de un crimen—. No debí…

Helena dejó las tazas sobre la mesa y tomó la fotografía entre sus manos, que temblaban de modo casi imperceptiblemente. La observó durante un segundo, que se alargó como una eternidad antes de colocarla de nuevo boca abajo sobre la repisa, restaurando el orden que Verónica había perturbado.

—Son mi esposa y mi hija —confesó, aunque parecía que estaba arrancando las palabras desde algún lugar profundo y doloroso.

—¿Viven en...? —comenzó Verónica, aunque se detuvo de inmediato al observar la expresión de pánico en Helena.

—Murieron —suspiró la doctora—. Hace cinco años.

El silencio que siguió a esas palabras fue tan denso como niebla marina al amanecer, cargado de dolor y preguntas que ninguna de las dos se atrevía a formular. Verónica sintió el impulso de acercarse, de abrazarla, de ofrecer algún tipo de consuelo a su sufrimiento,

pero algo en la postura de Helena le advirtió que mantuviera la distancia.

—Sobre las muestras... —la doctora se dirigió hacia una mesa donde un microscopio portátil descansaba junto a varios frascos y herramientas de laboratorio.

Se trataba de un cambio de tema tan abrupto como efectivo. La detective la siguió, respetando la más que evidente necesidad de Helena de regresar a un territorio seguro: el trabajo, los hechos, cualquier cosa que no requiriera una vulnerabilidad emocional.

La doctora colocó una pequeña muestra bajo el microscopio con la precisión de quien había repetido ese gesto miles de veces. De pronto, su concentración parecía absoluta, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

—El agua en los pulmones tiene componentes químicos —explicó, y su voz recuperó el tono profesional—. Estos residuos contienen fosfatos y otros compuestos industriales—añadió.

La detective se inclinó para observar a través del microscopio, demasiado consciente de la proximidad de Helena. Podía percibir su perfume, mezcla de jabón neutro y algo indefiniblemente femenino que contrastaba con su apariencia clínica.

—¿De la planta pesquera? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Es una posibilidad, por supuesto —respondió la doctora, manteniendo su cautela profesional, aunque había algo en su tono de voz que sugería certeza.

—Matías trabajaba allí, ¿no es cierto? —insistió Verónica, enderezándose para mirarla a los ojos—. Como buzo de mantenimiento.

Helena la miró con sorpresa, quizá la primera emoción real que había mostrado desde la conversación sobre la fotografía.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

Verónica sonrió orgullosa.

—Hice algunas preguntas, es mi trabajo al fin y al cabo. Dicen que eres la única médica forense en doscientos kilómetros.

—Es un pueblo pequeño en un área remota —reconoció Helena, encogiéndose de hombros.

—También dicen que eres la mejor. Que nunca te equivocas.

La expresión de Helena se tornó sombría, como si las palabras de Verónica hubieran tocado alguna herida antigua.

—Todo el mundo se equivoca —murmuró, desviando la mirada.

—¿Incluso tú?

Helena le clavó de nuevo la mirada, y por un momento Verónica vio más allá de la máscara profesional de la doctora, algo más profundo y más herido.

—Especialmente yo —respondió con un deje sutil de amargura que hablaba de algún tipo de error demasiado doloroso.

La detective notó la tensión y decidió cambiar de enfoque, regresando al territorio más seguro de la investigación que la había traído a ese lugar.

—¿Conocías a Matías Orellana? —preguntó.

—De vista, nada más —suspiró—. Trabajaba también como voluntario en la reserva marina.

—¿Tenía enemigos?

—No lo sé. Como dije, este pueblo es pequeño, pero yo mantengo mi distancia.

—¿Por qué? —la pregunta salió antes de que la detective pudiera censurarla.

Helena la miró con una expresión que era parte sorpresa, parte enfado.

—Es más fácil así —respondió tras pensarlo un instante.

La detective se acercó un paso más, invadiendo de manera sutil el espacio personal de Helena de un modo que habría resultado amenazante en condiciones normales, pero que de alguna manera se sentía natural en esos momentos.

—¿Más fácil? —preguntó, su tono de voz se hizo más suave—. ¿O más solitario?

Helena retrocedió ligeramente, demasiado incómoda con la cercanía tanto física como emocional.

—A veces son lo mismo —admitió encogiéndose de hombros.

Una repentina ráfaga de viento golpeó la ventana con tanta fuerza que ambas mujeres se giraron de manera instintiva hacia el cristal. La tormenta que había amenazado toda la tarde finalmente

había llegado, transformando el mundo exterior en un caos de lluvia y viento.

Helena observó la ventana durante varios segundos antes de hablar.

—La tormenta está empeorando —dijo, como si estuviera pensando en voz alta—. Quizás deberías quedarte hasta que el tiempo mejore.

Verónica estudió a la mujer que tenía delante, buscando alguna señal de arrepentimiento o duda, al fin y al cabo, la estaba invitando a compartir un espacio que parecía proteger, pero encontró solo una vulnerabilidad cuidadosamente contenida en sus gestos.

—¿Te importaría si trabajo contigo en esto? —preguntó—. Oficialmente, quiero decir.

La doctora permaneció en silencio durante varios segundos, y Verónica pudo ver el conflicto interno reflejado en sus hermosos ojos grises. Finalmente, asintió de modo casi imperceptible.

—Supongo que podríamos... complementarnos —respondió, usando las mismas palabras que Verónica había empleado en la morgue.

La detective sonrió, reconociendo el eco de su propio lenguaje.

Capítulo 4

El frasco se estrelló contra el suelo del laboratorio con un estruendo que silenció de inmediato todas las conversaciones.

Ramiro Torres levantó la vista de los tanques donde pequeños especímenes marinos flotaban en formol, y sus ojos escanearon a sus estudiantes hasta localizar al culpable. El chico, de unos dieciséis años, se había puesto rojo como un cangrejo y contemplaba horrorizado los cristales esparcidos por el suelo.

—La bahía es un ecosistema frágil —continuó Ramiro sin alterarse, su voz resonaba en aquel laboratorio modesto, pero bien equipado—. Todo está conectado. Si una parte se daña…

Su mirada se desplazó hacia la puerta donde dos figuras esperaban en el umbral. El resto de la frase murió en sus labios.

—Continúen observando las muestras —indicó Ramiro a sus estudiantes, secándose las manos con un trapo algo sucio—. Regreso enseguida.

Se acercó a las mujeres con pasos que parecían medidos, pero que la detective reconoció como los de alguien que trataba de controlar sus nervios. A los cuarenta y cinco años, Ramiro mantenía esa apariencia ligeramente descuidada de los académicos: barba entrecana que necesitaba un recorte, camisa arrugada bajo la bata de laboratorio, pero sus ojos revelaban una inteligencia que había captado inmediatamente la naturaleza de la visita.

—Helena —saludó—. Qué sorpresa.

—Ramiro —respondió Helena con esa economía de palabras que caracterizaba sus interacciones sociales—. Ella es la detective Verónica Luján de Buenos Aires.

Verónica extendió la mano, notando cómo los dedos de Ramiro estaban manchados por años de trabajo con especímenes y químicos. Su apretón fue firme pero breve, como el de alguien acostumbrado a manejar criaturas frágiles.

—Estamos investigando la muerte de Matías Orellana —anunció la detective, observando atentamente la reacción del profesor.

La expresión de Ramiro cambió de manera casi imperceptible, pero Verónica, entrenada para leer microexpresiones, captó el destello de dolor que cruzó sus ojos antes de que pudiera controlarlo.

—Matías fue mi alumno —admitió Ramiro, bajando instintivamente la voz—. Y mi asistente en la reserva marina. Era brillante.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —inquirió la detective, adoptando ese tono casual que había perfeccionado para hacer que las preguntas importantes sonaran de un modo casi rutinario.

Ramiro se frotó la barba, pensativo.

—Hace una semana —respondió tras una larga pausa—. Estaba... yo diría que estaba preocupado.

—¿Por qué? —insistió la detective, inclinándose hacia delante.

—No me lo dijo de manera directa —Ramiro miró hacia sus estudiantes, como si se quisiera asegurar de que ninguno de ellos podía escucharle—, pero tenía que ver con la planta. Estaba recolectando muestras de agua.

Verónica sintió que algo se activaba en su cerebro, esa sensación familiar de cuando las piezas de un rompecabezas comienzan a encajar.

—¿Muestras? ¿Para qué? —presionó.

El profesor bajó aún más la voz, obligando a ambas mujeres a acercarse. Helena pudo percibir el aroma a mar y químicos que impregnaba su ropa, mezclado con un toque de tabaco que sugería que todavía fumaba a escondidas a pesar de sus problemas de corazón.

—Hace meses vengo notando cambios en la bahía —confesó entre susurros—. Especies que desaparecen, patrones de comportamiento anormales en los peces, alteraciones en la vegetación marina.

—¿Cree que la planta está contaminando? —la pregunta de la detective fue directa, sin rodeos.

Ramiro dirigió una mirada nerviosa hacia sus estudiantes, varios de los cuales habían abandonado sus tareas y comenzado a prestar atención a la conversación susurrada junto a la puerta.

—Todos aquí dependemos de Aguirre —murmuró, chasqueando la lengua en un gesto de desdén—. La planta da trabajo al sesenta por ciento del pueblo.

—Pero no respondiste la pregunta —insistió la detective.

—Matías creía tener pruebas —admitió al fin—. Iba a mostrármelas el día que…

Se interrumpió de manera abrupta cuando un golpe fuerte resonó por todo el laboratorio. Todos se giraron hacia los tanques donde un estudiante había derribado accidentalmente otro frasco, este lleno de una solución que ahora se extendía por el suelo como si fuese sangre.

—Disculpen —murmuró Ramiro, alejándose rápidamente—. Debo atender esto.

Helena y Verónica intercambiaron miradas cargadas de complicidad. Era obvio que Ramiro sabía más de lo que admitía, pero también era claro que el miedo lo mantenía callado.

***

El frío viento de la Patagonia las golpeó en cuanto salieron del edificio escolar, llevaba consigo el aroma salino del mar mezclado con el olor a combustible que emanaba de la planta procesadora en la distancia. Helena se ajustó el abrigo, notando cómo la detective seguía luchando con su inadecuada chaqueta de cuero.

—¿Qué piensas? —preguntó Verónica mientras caminaban hacia el auto.

—Que Ramiro tiene miedo —respondió sin dudar la doctora.

—¿De Aguirre?

—De perder su trabajo. Como todos aquí. Tiene razón en lo que ha dicho. Aquí todos viven de la familia Aguirre.

Verónica se detuvo en seco, girándose para observar el rostro de Helena bajo la luz gris del cielo.

—¿Y tú? —inquirió, alzando las cejas.

La doctora la miró con sorpresa, como si la pregunta no tuviera ningún sentido obvio.

—Yo soy la única forense en la región —explicó—. Supongo que tengo cierta... seguridad laboral.

Verónica sonrió ante el sutil toque de humor, una de las primeras muestras de personalidad que Helena había permitido que se filtrara a través de su máscara profesional.

—¿Conoces a la familia Aguirre? —preguntó mientras reanudaban la caminata.

—Javier Aguirre se considera el dueño del pueblo —confesó la doctora, observando las casas dispersas a lo largo de la calle principal—. Y técnicamente, casi lo es.

—Necesitamos hablar con él. Y también con la familia de Matías —propuso la detective.

La expresión de Helena mostró una inmediata incomodidad, como si Verónica hubiera sugerido que caminara descalza sobre brasas.

—Las entrevistas emocionales no son mi fuerte —admitió.

La detective se detuvo junto al auto, apoyándose contra la puerta mientras estudiaba el perfil de Helena. Había algo vulnerable en la forma en que admitía sus limitaciones, una honestidad que contrastaba con la arrogancia que Verónica había encontrado en tantos otros profesionales.

—Entonces yo hablaré por ti —propuso—. Tú solo observa. En eso eres muy buena, ¿no?

Mientras hablaba, sus manos se rozaron brevemente al alcanzar simultáneamente la manija de la puerta. El contacto fue eléctrico, trayendo recuerdos inmediatos de la noche anterior: la suavidad de la piel de Helena, la forma en que había temblado bajo sus caricias, los gemidos que había dejado escapar cuando alcanzó el orgasmo…

Helena se sonrojó de inmediato, y Verónica supo que sus pensamientos habían seguido el mismo camino.

—¿Siempre te pones así de colorada cuando piensas en el sexo? —murmuró Verónica, mordiéndose el labio inferior y bajando la voz hasta convertirla en una caricia verbal.

—Deberíamos irnos —interrumpió nerviosa la doctora, apartando la mirada como si el contacto visual fuera demasiado intenso.

La detective sonrió, complacida por el efecto que acababa de causar en la normalmente estoica doctora. Había algo adictivo en provocar esas grietas en la armadura emocional de Helena, en descubrir a la mujer que se escondía detrás de la científica.

***

La casa de los Orellana era una estructura modesta que hablaba de una vida construida con esfuerzo y amor más que con dinero. Carmen Orellana las recibió en la puerta con esa dignidad tranquila de las mujeres que han aprendido a soportar pérdidas inimaginables.

Sus cincuenta y tantos años se marcaban principalmente en los ojos, enrojecidos por lágrimas que parecían no tener fin. Vestía ropa de luto sencilla pero cuidada, y sus manos, callosas por años de trabajo, temblaron ligeramente al servirles mate en unas tazas algo viejas pero que claramente eran las mejores de la casa.

Las paredes del pequeño salón estaban cubiertas de fotografías de Matías: como bebé en brazos de sus padres, dando sus primeros pasos en la playa, graduándose del colegio, y docenas de imágenes con equipo de buceo que documentaban su pasión por el mar.

Helena se sentó de manera incómoda en un sofá desgastado por el sol, claramente fuera de su elemento en un espacio que estaba cargado de emociones crudas. La detective, en cambio, se acomodó de manera natural, irradiando esa calidez profesional que había perfeccionado para cuando se encontraba con este tipo de situaciones, que empezaban a ser demasiado frecuentes desde que se dedicaba a homicidios.

—Era nuestro único hijo —comenzó Carmen, su voz quebrándose ligeramente al pronunciar esas palabras—. Desde pequeño amaba el mar. Solía decir que los peces eran sus hermanos.

—¿Notó algo inusual en su comportamiento en los últimos días? —preguntó Verónica con suavidad, su tono cuidadosamente modulado para no sonar invasivo.

Carmen tomó una fotografía de Matías, en ella sonreía con su equipo de buceo. Acarició el cristal como si pudiera tocar a su hijo a través de él.

—Estaba... parecía distante. Preocupado —admitió con un largo suspiro—. Pero cuando le preguntaba, decía que eran cosas del

trabajo.

—¿Mencionó problemas específicos en la planta? —insistió la detective.

—No hablaba mucho de ese lugar —Carmen hizo una pausa, dudando sobre cuánto debía contar—. Pero sí de Lucía.

Helena se enderezó de inmediato.

—¿Lucía Aguirre? —inquirió con sorpresa.

Carmen asintió lentamente con la cabeza, y había algo en su expresión que mezclaba orgullo maternal con preocupación.

—Tenían una relación. A escondidas, claro. Javier Aguirre nunca lo hubiera permitido. Pero mi hijo... mi hijo la amaba de verdad.

Verónica y Helena intercambiaron una mirada. Una relación secreta entre el hijo de una familia trabajadora y la heredera del imperio económico del pueblo añadía una dimensión completamente nueva a la investigación.

Carmen comenzó a llorar de nuevo, lágrimas silenciosas que rodaron por sus mejillas mientras seguía acariciando la fotografía.

—Por favor... —susurró—. ¿Mi hijo sufrió?

La pregunta cayó como una piedra en la superficie de un lago tranquilo, enviando ondas de tensión por toda la habitación. Helena se tensó de manera visible, claramente incómoda con la carga emocional de la situación.

Verónica miró a la doctora, esperando que respondiera, pero cuando vio la expresión de pánico en sus ojos, se hizo cargo de la situación.

—No, no sufrió —mintió—. Fue... rápido.

Carmen rompió a llorar de manera más intensa, pero ahora había alivio mezclado con su dolor. La detective tomó su mano entre las suyas, ofreciendo ese consuelo físico que las palabras no podían proporcionar.

Helena observó el gesto, estudiándolo como si fuera un fenómeno científico que no comprendía por completo, pero que reconocía como efectivo.

***

Sentir el frío aire del exterior se sintió casi como una liberación tras la intensidad emocional de la casa. Helena caminó hacia el auto

con pasos rígidos, alterada por la experiencia.

—¿Estás bien? —preguntó la detective, notando la tensión en sus hombros.

—Le mentiste —susurró la doctora.

—¿Sobre qué?

Helena se detuvo junto al auto, apoyando las manos sobre el techo como si necesitara el soporte físico.

—Sobre si su hijo sufrió. Las marcas en sus muñecas indican que luchó. Probablemente estuvo consciente durante... —su voz se quebró ligeramente, incapaz de continuar con la frase.

Verónica se acercó a ella, acariciando con suavidad la parte baja de su espalda.

—Le di paz —murmuró—. A veces saber toda la verdad no ayuda. El chico ya está muerto, su madre no necesita saber que seguramente sufrió mucho antes de morir.

—Eso contradice todo mi entrenamiento científico —protestó la doctora, aunque su voz carecía de convicción.

—Pero no tu humanidad, ¿verdad? —interrumpió Verónica—. ¿Sabes qué necesitamos ahora? —cambió de tono, percibiendo que Helena necesitaba alejarse del tema emocional.

—¿Más evidencia?

—Eso siempre —admitió la detective con una amplia sonrisa—. Pero también una comida decente. ¿Hay algún lugar donde se pueda comer bien en este pueblo?

***

El restaurante era un establecimiento pequeño con vistas al mar, decorado con esa sencillez acogedora típica de los pueblos costeros. Mesas de madera desgastada por el uso, ventanas que ofrecían una vista panorámica del océano, y el aroma constante a mariscos frescos y sal marina.

Helena y Verónica se sentaron en una mesa apartada junto a la ventana. Desde ella se podía ver el sol descendiendo lentamente hacia el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados que se reflejaban en las aguas de la bahía.

El lugar estaba medio vacío, apenas unas pocas mesas ocupadas por locales que hablaban en voz baja mientras cenaban.

—Entonces Matías y Lucía Aguirre —comentó la detective, tomando un largo sorbo del vino local que había pedido—. Los Romeo y Julieta de Bahía Negra.

—Con el mismo desenlace trágico —respondió Helena, pinchando de manera meticulosa un trozo de pescado con su tenedor.

—¿Crees que su relación puede tener algo que ver con su muerte? —inquirió la detective, inclinándose ligeramente hacia delante y bajando la voz.

—Es posible. Si Aguirre se enteró... —Helena dejó la frase sin terminar, pero ambas entendían las implicaciones.

Verónica tomó otro sorbo de vino, observando a la doctora sobre el borde de la copa.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —inquirió.

Helena se tensó de inmediato y su tenedor quedó suspendido a medio camino hacia su boca.

—Depende —respondió con cautela.

—Lo que pasó anoche en tu casa... —Verónica bajó la voz hasta convertirla en un susurro íntimo—. ¿Fue la primera vez desde...?

Helena dejó el tenedor sobre el plato con un clic suave que sonó alto en el silencio que siguió a la pregunta.

—Sí —admitió con un suspiro—. No había estado con nadie desde que murió mi esposa.

—Lo siento. No quería... —comenzó la detective, pero Helena la interrumpió, levantando una mano.

—No, está bien —se apresuró a aclarar, como si temiera que Verónica interpretara mal su reacción—. Mi esposa murió hace cinco años. Desde entonces, no había estado con nadie. Pero eso no es malo y tampoco significa que me arrepienta. Nada de eso, te lo aseguro.

—¿Por qué yo? —la pregunta de Verónica no era presuntuosa, sino curiosa.

Helena permaneció en silencio durante varios segundos, su mirada perdida en el océano que se extendía más allá de la ventana. Cuando finalmente habló, su voz llevaba una honestidad que las sorprendió a ambas.

—No lo sé. Quizás porque tú no me miras como si te diera lástima —hizo una pausa, considerando sus palabras—. O quizás porque eres la única persona en años que me ha desafiado constantemente.

La detective sonrió, y había algo en esa sonrisa que hizo que Helena sintiera un cosquilleo en la parte baja de su vientre que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Me gusta esa teoría —murmuró con un guiño de ojo.

Bajo la mesa, el pie descalzo de Verónica rozó el gemelo de la doctora. Fue un contacto breve pero intencionado, enviando una corriente eléctrica por todo el cuerpo de Helena que luchó por controlar.

—¿Y tú? —logró preguntar, su voz ligeramente más ronca de lo normal por la excitación que sentía entre sus piernas—. ¿Por qué viniste a Bahía Negra realmente?

La expresión de Verónica se volvió seria de pronto, como si la doctora hubiera tocado una herida que aún no había sanado.

—Un caso en Buenos Aires —respondió, jugando con el pie de su copa—. Mi compañero murió porque yo cometí un error de juicio. Confié en la persona equivocada.

—Lo siento —murmuró Helena, reconociendo el dolor en los ojos de Verónica.

—Me ofrecieron una transferencia temporal para investigar este caso como alternativa a una suspensión —continuó la detective—. "Tiempo para reflexionar", dijeron.

—¿Y has reflexionado? —Helena se inclinó ligeramente hacia delante, genuinamente interesada.

—Encontré cosas que no esperaba encontrar —respondió con un guiño de ojo, y el doble sentido de sus palabras consiguió que a la doctora le temblaran las piernas.

El sol desapareció bajo el horizonte, dejando el cielo teñido de un púrpura profundo. Las luces de la calle se encendieron de manera automática, creando una atmósfera más íntima que hizo que Helena fuera consciente de lo cerca que estaban sentadas una de otra.

—Deberíamos volver —murmuró, aunque no hizo movimiento alguno para levantarse.

—¿Deberíamos? —preguntó la detective.

Helena la miró a los ojos y sonrió.

—Probablemente —admitió—. Pero no me apetece.

Verónica sonrió también al escuchar las palabras y extendió la mano con la palma hacia arriba sobre la mesa para que la doctora colocara la suya sobre ella.

—O también podríamos pasar la noche de nuevo en mi casa —susurró.

Capítulo 5

La farola parpadeó varias veces antes de decidir si seguiría iluminando la calle desierta donde Helena y Verónica caminaban de la mano.

Las calles de Bahía Negra se habían vaciado con la llegada de la noche, dejando tan solo el eco de sus pasos sobre el empedrado húmedo y el susurro constante del viento. Las farolas de hierro forjado, que no habían sido cambiadas en mucho tiempo, creaban charcos de luz amarillenta que apenas lograban ahuyentar las sombras.

Verónica había insistido en dar un paseo tras su cena en el restaurante, aunque el frío de la Patagonia calaba a través de su chaqueta de cuero como si fuera papel. Necesitaba el aire fresco para aclarar su mente, que seguía procesando las revelaciones del día: la relación secreta entre Matías y Lucía, las sospechas sobre la contaminación de la planta pesquera, y sobre todo, la manera en que Helena había comenzado a abrirse como una flor nocturna que solo florece en la oscuridad.

—Gracias por la cena —murmuró la detective cuando se detuvieron bajo una farola para besarse.

—No fue nada.

—No me refiero solo a la comida —aclaró Verónica, girándose para enfrentar a la doctora bajo la luz—. Gracias por... compartir.

—No suelo hacerlo —admitió Helena con una sonrisa nerviosa.

—Lo sé, por eso lo valoro más —respondió la detective, acariciando la mejilla de su acompañante con el reverso de su mano antes de besarla de nuevo.

Se miraron a los ojos en silencio durante varios segundos. La tensión entre ellas era palpable, eléctrica, como el aire antes de una tormenta. Helena podía escuchar su propio corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que Verónica podía oírlo también.

—¿Prefieres que vuelva al hotel? —murmuró Verónica, queriendo dar espacio a la doctora en caso de que lo necesitase, aunque ella tan solo quería volver a sentir la suavidad de su cuerpo desnudo temblando bajo sus dedos.

—No —suspiró Helena, mordiendo instintivamente su labio inferior.

La detective sonrió sorprendida, aunque agradecida. No esperaba esa decisión tán rápida de la mujer que había necesitado tanto vino la noche anterior para reunir el valor de admitir que deseaba compañía.

—Helena... —comenzó, pero no terminó la frase porque la doctora la estaba besando de nuevo.

—He estado pensando en ti todo el día —murmuró contra sus labios—. En nosotras. En lo que ocurrió anoche. Sé que llevaba mucho tiempo sin sexo y reconozco que lo necesitaba, pero fue más, mucho más. me hiciste sentir realmente especial —confesó.

***

La puerta de la casa apenas se había cerrado cuando ya estaban besándose con una urgencia que las sorprendió a ambas. Había desesperación en el contacto, como si hubieran estado conteniendo la respiración todo el día y finalmente pudieran respirar.

Helena empujó a la detective contra la pared del vestíbulo, sorprendiéndola con una intensidad que contrastaba con la mujer reservada que parecía ser. Sus manos le quitaban la ropa con movimientos que eran tanto precisos como urgentes mientras su lengua buscaba la suya con urgencia.

—¿Qué pasó con la doctora reservada? —jadeó la detective contra los labios de Helena, sintiendo el frío de la pared contra su espalda ahora desnuda.

—Se está tomando una noche libre —murmuró antes de atacar el cuello de Verónica con besos que alternaban entre suaves y desesperados al mismo tiempo que jugaba con los pezones de la detective, endureciéndolos entre sus dedos.

Sin poder esperar más, la doctora deslizó una mano entre las piernas de Verónica, acariciando su sexo por encima de la tela del pantalón y haciéndola gemir de placer. La detective arqueó la

espalda, presionándose más contra Helena, buscando más contacto, más presión, más de todo.

—Helena... —gimió cuando los dientes de Helena mordieron su mandíbula.

—Ven conmigo —susurró la doctora, tomando la mano de Verónica para guiarla hacia el interior de la casa.

No llegaron al dormitorio.

El sofá de la sala de estar se convirtió en su destino cuando Helena decidió que no podía esperar por más tiempo. Empujó suavemente a la detective hasta que cayó sobre los cojines, y luego se colocó a horcajadas sobre sus piernas.

—Ayer vez dejé que me guiaras —murmuró mientras los pantalones de Verónica y deslizaba la punta de sus dedos por la humedad de su sexo.

Besó la clavícula de la detective, saboreando el sabor salado de su piel, inhalando ese perfume que se había vuelto adictivo.

—Ahora es mi turno —añadió, su voz cargada de un tono de excitación que hizo que Verónica sintiera una ola de calor recorrer todo su cuerpo.

La detective, normalmente acostumbrada a dominar en todas las áreas de su vida, se entregó por completo a la experiencia. Había algo liberador en ceder el control.

Sus gemidos llenaron la habitación, mezclándose con el sonido del viento en el exterior y las olas que se estrellaban contra los acantilados. Helena escuchaba cada sonido como si fuera música, ajustando el ritmo y presión de sus dedos en el interior del sexo de Verónica.

—Helena... Dios... ¿Dónde aprendiste a...? —jadeó cuando la doctora curvó ligeramente los dedos para presionar exactamente el lugar correcto con la presión perfecta.

Helena se apartó lo suficiente para sonreír, y había algo travieso en esa sonrisa que Verónica nunca había visto antes.

—Anatomía avanzada —respondió con un guiño de ojo antes de regresar a su tarea con renovada concentración.

Verónica gimió y rió al mismo tiempo, un sonido que se transformó en un pequeño grito mientras se agarraba a los hombros

de Helena mientras disfrutaba del maravilloso orgasmo que le acababa de regalar. Su cuerpo temblaba con espasmos de placer que parecían no tener fin y la doctora la sostuvo a través de todo, susurrando palabras de amor y suaves besos hasta que los temblores se calmaron.

Más tarde, exhaustas y abrazadas en el sofá, Helena parecía más relajada de lo que Verónica la había visto jamás. Su cabello se había liberado de ese moño habitualmente perfecto, cayendo en ondas suaves alrededor de su rostro. Sin la armadura que siempre llevaba puesta para protegerse de los demás, parecía años más joven.

La detective trazó el contorno de su rostro con la punta de los dedos, memorizando cada línea, cada sombra creada por la luz de la luna.

—Deberías sonreír más —murmuró—. Te queda bien.

—Tú me haces sonreír —admitió tímidamente, como si estuviera confesando un secreto peligroso.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Verónica, acurrucándose más cerca del cuerpo desnudo de la doctora.

Helena permaneció en silencio durante varios segundos.

—Es aterrador —respondió con un susurro.

—¿Por qué? —insistió la detective, incorporándose ligeramente para poder ver mejor el rostro de Helena.

—Porque hace cinco años prometí no volver a sentir nada así —confesó la doctora con un largo suspiro—. Y empezar a sentirlo de nuevo me asusta.

Verónica la abrazó con fuerza, como si quisiera protegerla del dolor de los recuerdos. Podía sentir la tensión en el cuerpo de Helena, la forma en que luchaba contra la vulnerabilidad que acababa de revelar.

—A veces, las promesas están hechas para romperse, sobre todo si te las haces a ti misma —murmuró Verónica contra el cabello de la doctora antes de besar su cabeza con suavidad.

Helena se relajó poco a poco entre sus brazos, como si esas palabras hubieran liberado algo que había estado conteniendo durante años.

—¿Y si no sé cómo hacerlo? —susurró—. ¿Y si no recuerdo cómo... sentir sin que duela?

—Entonces aprenderemos juntas —prometió la detective con un nuevo beso.

Capítulo 6

Helena Durán caminó por el sendero costero de la reserva marina con cuidado, cada pisada medida, sabía de sobra que era peligroso y cualquier paso en falso sobre una de esas rocas resbaladizas podría hacerla caer al mar. A su lado, Verónica Luján luchaba contra las ráfagas de viento que amenazaban con desarmarle la coleta, su chaqueta de cuero ondeaba como una bandera de guerra contra el aire helado del atardecer.

La reserva marina era un pequeño santuario de vida natural en medio de la desolación industrial que caracterizaba Bahía Negra. Un centro de investigación modesto, pero funcional, que se alzaba sobre los acantilados. Estaba rodeado de senderos que serpenteaban entre formaciones rocosas esculpidas por siglos de tormentas.

—Matías trabajaba aquí como voluntario —explicó, señalando hacia el edificio principal donde aún se veían luces encendidas en algunas de las ventanas.

El aroma del mar que conocía a la perfección se mezclaba con algo más: un olor a algas en descomposición y un deje químico que no debería estar presente en un área protegida. Verónica respiró hondo, frunciendo el ceño al detectar esa nota discordante.

—¿Venías mucho por aquí? —preguntó la detective, esquivando un charco de agua marina que se había formado entre las rocas.

Helena negó lentamente con la cabeza, ajustándose el abrigo contra el viento. A lo lejos, una bandada de gaviotas luchaban por los últimos restos de comida.

—Solo para hacer análisis ocasionales. Ramiro me consultaba sobre cuestiones biológicas cuando encontraba especímenes que no podía identificar —respondió, alzando ligeramente la voz para luchar contra el rugido constante del océano.

Llegaron a un pequeño cobertizo construido en madera y metal corrugado, ubicado estratégicamente cerca del agua para facilitar la recolección de muestras. La estructura parecía sólida, pero modesta,

con ventanas empañadas por la sal marina y una puerta que colgaba ligeramente entreabierta, balanceándose con cada ráfaga de viento.

Verónica se acercó primero, empujando la puerta con la punta de los dedos. El sonido de las bisagras oxidadas se mezcló con el viento, creando una inquietante sinfonía que hizo que Helena sintiera un escalofrío.

El interior olía a mar concentrado y productos químicos. La doctora suspiró al reconocer esa mezcla de esperanza y desesperación que caracterizaba a los espacios donde la gente buscaba respuestas.

Los estantes estaban llenos de frascos con muestras de agua, equipos básicos de investigación marina, microscopios portátiles y cajas de archivos que parecían contener años de datos meticulosamente recolectados.

Por puro instinto, la detective se dirigió de inmediato hacia una serie de cajones metálicos, rebuscando con la precisión de alguien que está acostumbrado a registrar espacios sin dejar rastros. Helena, mientras tanto, se acercó a una mesa donde varios cuadernos permanecían abiertos, sus páginas onduladas por la humedad pero aún perfectamente legibles.

—Son registros de muestreo —murmuró la doctora, pasando las páginas con cuidado—. Matías documentaba cambios en los niveles químicos del agua. Mira estos números... los niveles de fosfatos han aumentado un doscientos por ciento en los últimos seis meses.

—Mira esto —exclamó Verónica desde el otro lado del cobertizo.

Sostenía una memoria USB entre los dedos, pequeña y aparentemente insignificante, pero que brillaba bajo la luz tenue del cobertizo como si contuviera secretos preciosos. La conectó a una laptop que descansaba sobre una mesa lateral y que cobró vida con un zumbido al encenderlo.

Lo que apareció en pantalla hizo que ambas mujeres contuvieran el aliento.

Fotos borrosas, pero reconocibles de tuberías industriales que se extendían hacia el mar, documentos escaneados con encabezados oficiales de la planta procesadora de pescado de los Aguirre, y un

mapa detallado de la bahía, marcado con puntos rojos que indicaban ubicaciones específicas de vertidos.

—Descubrió evidencia de los vertidos ilegales —murmuró la detective, desplazándose por los archivos con asombro—. Matías lo había estado documentando todo.

Helena se inclinó sobre su hombro, lo suficientemente cerca para percibir el olor a champú en su pelo.

—Y la última entrada es del día antes de su muerte —observó la doctora con un suspiro, señalando con el dedo índice la fecha en la esquina inferior de la pantalla.

Un ruido afuera las sobresaltó. El sonido de pasos sobre la gravilla húmeda se mezclaba con el viento, acercándose con velocidad al cobertizo.

Ambas se giraron hacia la puerta, la detective llevando de manera instintiva la mano hacia donde estaba su arma, Helena adoptando esa postura rígida que había perfeccionado para enfrentar situaciones imprevistas.

La puerta se abrió de golpe, revelando una figura femenina que se recortaba contra la luz gris del atardecer.

La sorpresa en el rostro de Lucía Aguirre al encontrarlas allí era más que evidente.

A sus veintidós años, Lucía poseía esa belleza natural que no necesitaba artificios para impresionar. Su cabello negro caía en ondas sueltas sobre los hombros, enmarcando un rostro que combinaba la determinación de su padre con una vulnerabilidad que hablaba de ideales que aún no habían sido corrompidos por el cinismo y el dinero. Vestía ropa práctica para el clima de la Patagonia en esa época: vaqueros, botas de senderismo y una chaqueta acolchada que había visto mejores días.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, claramente confusa.

—Detective Luján. A ella ya la conoces, la doctora Durán —respondió Verónica, enseñando su placa y observando atentamente la reacción de Lucía.

—Investigamos la muerte de Matías Orellana —añadió Helena casi con un susurro apenas audible.

La expresión de Lucía cambió al instante, como si hubieran pulsado un interruptor que transformó la sorpresa en un sentimiento mucho más complejo: una mezcla de dolor, miedo y algo que podría haber sido alivio.

—No fue un accidente —las palabras se escaparon de sus labios como si hubiera estado conteniendo la respiración durante días—. A Matías lo mataron.

Su voz se quebró al pronunciar las últimas palabras, y Helena pudo observar que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

***

El único café del pueblo era un establecimiento acogedor que parecía resistir con heroismo el avance de la modernidad. Mesas de madera desgastada, sillas que habían visto décadas de conversaciones locales, y un aroma a café recién hecho que se mezclaba con el humo de la chimenea de leña que crepitaba en una esquina.

A esa hora de la noche, el lugar estaba prácticamente vacío, solo una pareja de ancianos en una mesa lejana y el propietario limpiando vasos detrás del mostrador con movimientos automáticos que hablaban de años de rutina.

Helena, Verónica y Lucía se sentaron en una mesa apartada cerca de la ventana, desde donde podían observar la calle principal de Bahía Negra sin ser fácilmente vistas desde el exterior. Lucía no había dejado de comprobar la puerta desde que llegaron, sus ojos se movían nerviosos entre la entrada y sus acompañantes.

—Matías descubrió que la planta está vertiendo químicos directamente en la bahía —comenzó, inclinándose hacia ellas, su voz baja pero firme—. Hay una tubería oculta que desemboca en una cueva marina. Está bien escondida, lejos de donde alguien podría verla de manera casual.

La detective se inclinó también hacia delante, activando ese instinto de cazadora que había perfeccionado durante años de interrogatorios.

—¿Tu padre lo sabe? —preguntó de manera directa, alzando las cejas.

Una risa amarga se escapó de los labios de Lucía, un sonido que parecía contener años de desilusiones familiares a pesar de su corta edad.

—¿Saberlo? Él ordenó construirla. Ahorran millones en tratamiento de residuos vertiendo todo directamente al mar —respondió con amargura, mordiendo el labio inferior en un gesto de dolor.

—¿Por qué Matías no lo denunció? —inquirió la doctora—. Entiendo que no lo hayas hecho tú que eres familia, pero por qué no informó a la policía o a algún departamento de medio ambiente.

Lucía la miró como si hubiera sugerido algo imposiblemente ingenuo.

—Porque nadie se enfrenta a mi padre en este pueblo, deberías de saberlo. Controla el trabajo del sesenta por ciento de Bahía Negra. Controla al jefe de policía. Controla todo aquí —explicó—. Matías quería reunir pruebas irrefutables primero, evidencia que ni siquiera mi padre pudiera refutar o hacer desaparecer.

La detective asintió lentamente con la cabeza, entendiendo la estrategia que habían elegido. Había visto demasiados casos donde las denuncias prematuras habían resultado en evidencia destruida y testigos silenciados.

—¿Como las que guardaba en esa memoria? —preguntó, enseñando el USB.

Lucía se enderezó de inmediato, sorpresa y esperanza mezclándose a partes iguales en su expresión.

—¿La habéis encontrado? —susurró.

Verónica asintió, y pudo ver cómo algo parecido al alivio se extendía por el rostro de la heredera de la familia Aguirre.

—El martes pasado, Matías me dijo que tenía todo lo necesario. Que iba a contactar a las autoridades ambientales en Buenos Aires —continuó Lucía, su voz quebrándose ligeramente al relatarlo—. Dijo que íbamos a exponer a mi padre juntos, sin importar las consecuencias.

De pronto, hizo una pausa, secándose una lágrima que rodaba por su mejilla con la palma de la mano.

—Al día siguiente desapareció.

Helena sintió una punzada de dolor, acompañada de algo que podría ser empatía maternal. Veía en Lucía a una joven que había tenido que elegir entre la lealtad familiar y la integridad personal. Una decisión que ninguna persona de su edad debería tener que enfrentar.

—¿Alguien más sabía algo de esto? —preguntó la doctora.

Lucía consideró la pregunta durante varios segundos, posiblemente sopesando los riesgos de revelar más información de la que ya había dado.

—Ramiro Torres, quizás. Matías confiaba en él, pero Ramiro... Ramiro es un cobarde —admitió con tristeza—. Y…

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—El jefe Salvatierra está en la nómina de mi padre desde hace años. No sé exactamente cuánto le paga, pero sé que su hijo estudia en una universidad privada en Buenos Aires que un policía de pueblo no podría costear.

La detective sintió que las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar con una claridad demasiado dolorosa. La corrupción, el encubrimiento, el asesinato disfrazado de accidente: todo tenía la firma de una operación bien organizada.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó sin preámbulos—. Es tu padre al fin y al cabo.

Lucía la miró directamente a los ojos, y había una determinación feroz en su mirada que recordaba peligrosamente a Javier Aguirre.

—Porque amaba a Matías. Y porque este pueblo, esta bahía... también los amo —respondió con una convicción que hizo que Helena sintiera un respeto inmediato por la joven—. Mi padre cree que puede controlarlo todo, pero hay cosas mucho más importantes que el dinero.

La camarera se acercó a la mesa para retirar las tazas vacías, y Lucía se tensó de manera visible, como si cada movimiento inesperado pudiera representar una amenaza para ella.

—Debo irme —murmuró, levantándose apresuradamente—. Si mi padre se entera de que hemos hablado…

No terminó la frase, pero todas entendían las implicaciones.

—Debéis tener mucho cuidado —añadió antes de alejarse—. Nadie está a salvo cuando los Aguirre se sienten amenazados.

Salió con rapidez del café, casi corriendo, dejando tras de sí una sensación de urgencia y peligro que se asentó sobre la doctora y la detective como una corriente de aire frío.

Intercambiaron una rápida mirada, ambas conscientes de que habían cruzado una línea invisible. Ya no eran simplemente investigadoras; ahora se habían convertido en un objetivo.

***

La casa de Helena se había convertido en un refugio contra la tormenta que rugía en el exterior, pero también contra la tormenta de revelaciones que habían sacudido todo lo que creían saber sobre el caso. Helena sirvió vino en dos copas con movimientos casi automáticos, mientras la detective se había dejado caer en el sofá, rodeada de notas y evidencias esparcidas sobre la mesa frente a ella.

El fuego en la chimenea crepitaba con suavidad, el aroma a leña quemada creaba una atmósfera de intimidad que contrastaba de manera dramática con la violencia del viento y la lluvia que azotaba las ventanas. Cada ráfaga parecía querer arrancar la casa de sus cimientos y arrojarla al mar.

—Un buzo descubre vertidos ilegales, amenaza con exponer toda la evidencia, y acaba "accidentalmente" ahogado —resumió la detective, tomando un sorbo de vino—. Una coincidencia demasiado obvia.

Helena se sentó a su lado, lo suficientemente cerca para sentir el calor de su cuerpo, pero manteniendo esa distancia que había perfeccionado para protegerse.

—Con componentes químicos en sus pulmones que coinciden exactamente con las muestras que encontramos en la bahía —añadió—. Y las marcas en las muñecas que indican forcejeo.

—Lo que no entiendo es por qué aquí —murmuró Verónica, gesticulando hacia la ventana—. Bahía Negra está tan lejos de todo.

—Por eso mismo. Lejos del escrutinio. Lejos de inspectores ambientales que hacen preguntas incómodas —respondió—. Un

pueblo donde una sola familia lo controla todo es el lugar perfecto para operaciones que requieren silencio absoluto.

Verónica dejó su copa sobre la mesa y se giró hacia la doctora, adoptando esa postura que Helena había aprendido a reconocer como el preludio a una conversación importante.

—¿Puedo preguntarte algo más personal? —inquirió de pronto.

Helena sintió de inmediato esa tensión familiar que aparecía cada vez que alguien trataba de atravesar sus defensas emocionales.

—¿Qué cosa? —respondió con cautela, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Qué hacemos tú y yo? —la pregunta fue directa, sin rodeos.

La doctora parpadeó, confundida por la pregunta.

—Investigamos un homicidio —respondió, como si fuera obvio.

Verónica sonrió, cogiendo su mano entre las suyas y acariciándola.

—No me refiero al caso —aclaró.

Helena sintió que se ruborizaba al escuchar esas palabras.

—Oh —murmuró, entendiendo lo que quería decir—. No lo sé. No es algo que haya planeado. Para mí esto es…

— ¿Te arrepientes?

—No —respondió sin dudar, sorprendiéndose a ella misma de la certeza en su propia voz—. Me asusta lo mucho que no me arrepiento.

—Si te soy sincera, a mí también —confesó la detective.

Se besaron, pero esta vez el beso fue diferente. No tenía la urgencia desesperada de sus encuentros anteriores, sino algo más profundo: la promesa de algo que podría crecer si se le daba tiempo y espacio.

Capítulo 7

La carpeta se estrelló contra el escritorio de Salvatierra con un golpe seco que resonó como un disparo.

Helena y Verónica habían entrado a la pequeña comisaría de policía de Bahía Negra con paso decidido, cargando con ellas las evidencias que podrían cambiar para siempre la tranquila rutina del pueblo.

Diego Salvatierra salió de su oficina en cuanto las vio, su uniforme impecable contrastaba con la tensión que se había instalado inmediatamente en su rostro. Sus ojos, entrenados por décadas para evaluar todo tipo de situaciones, se movieron rápidamente entre las dos mujeres, calculando amenazas y oportunidades con la precisión de un jugador de ajedrez.

—Detective, doctora —saludó con esa cortesía forzada que había perfeccionado durante años de mantener las apariencias como el jefe de policía del pueblo—. ¿En qué puedo ayudarlas?

La detective no perdió tiempo en formalidades. Colocó la carpeta sobre el escritorio con un movimiento decidido que hizo que Salvatierra diera un paso atrás.

—Venimos a presentar evidencia sobre la muerte de Matías Orellana —anunció.

El cambio en la expresión de Salvatierra fue sutil pero Verónica lo detectó de inmediato. Los músculos alrededor de sus ojos se tensaron, su postura se volvió más rígida.

—¿Qué evidencia? ¿De qué hablan? —preguntó, pero había algo en su tono que sugería que ya temía la respuesta.

Helena extrajo varios documentos de la carpeta. Sus manos, aunque firmes, mostraban la tensión a través del ligero temblor en la punta de los dedos.

—Análisis forenses que indican que fue un homicidio, no una muerte accidental —declaró, colocando las fotografías de la autopsia

junto a gráficos detallados—. Las marcas en las muñecas, los componentes químicos en los pulmones, todo apunta a un asesinato.

Verónica añadió la memoria USB al conjunto de evidencias.

—Y pruebas de vertidos ilegales de la planta procesadora de la familia Aguirre que Matías estaba documentando —continuó—. Fotografías, análisis del agua, documentos internos de la empresa. Fue un asesinato —agregó.

Salvatierra observó los materiales durante varios segundos que se alargaron como una eternidad. Su rostro había adquirido esa máscara de neutralidad profesional que los policías veteranos usaban cuando necesitaban más tiempo para procesar una información demasiado peligrosa.

—Eso son acusaciones muy serias, lo saben, ¿verdad? —murmuró al fin y algo en su voz sonaba como una advertencia.

—Acusaciones con una evidencia muy sólida —replicó la detective sin inmutarse, sosteniendo la mirada con esa intensidad que había intimidado a criminales mucho más peligrosos que un jefe de policía de pueblo.

Salvatierra se inclinó ligeramente hacia delante, adoptando una postura que era parte interrogatorio, parte amenaza.

—¿Quién más sabe de esto? —preguntó nervioso

La pregunta reveló más de lo que pretendía sobre sus verdaderas lealtades.

Helena intercambió una mirada rápida con Verónica. Era el momento del farol que habían discutido durante el camino hacia la comisaría.

—Hemos enviado copias digitales a las autoridades federales —mintió la doctora con una calma que contrastaba con su pulso acelerado—. Fiscalía, Prefectura Naval, Secretaría de Medio Ambiente.

Era una mentira, por supuesto, pero funcionó. Salvatierra palideció de inmediato, como si hubieran pulsado un interruptor que drenara todo el color de su rostro.

—Necesito consultar con la fiscalía provincial —murmuró, su voz perdiendo parte de esa autoridad que había mostrado inicialmente —. Mientras tanto, esto queda bajo custodia policial.

Verónica se irguió, activando esa presencia de policía dura que había desarrollado durante años de enfrentarse a la corrupción en Buenos Aires.

—Jefe, sabemos de su relación con Aguirre —advirtió directamente, sin rodeos.

La transformación en Salvatierra fue inmediata. Su postura se endureció y sus ojos se volvieron fríos.

—Tenga mucho cuidado, detective —murmuró—. Esto no es Buenos Aires, aquí las cosas funcionan de un modo diferente.

—Solo queremos justicia —respondió Verónica.

Salvatierra sonrió, pero era una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Se notaba a la legua que estaba muy preocupado.

—Todos queremos justicia —replicó, mirando su reloj con nerviosismo—. Si me disculpan, tengo una reunión importante a la que debo asistir.

Salió de la comisaría casi a la carrera.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Verónica se giró hacia Helena con una expresión que era mitad satisfacción y mitad preocupación.

—Creo que se creyó lo de que entregamos copias digitales —susurró la doctora.

***

Los acantilados costeros de Bahía Negra se alzaban como centinelas de piedra contra el mar embravecido, las imponentes formaciones rocosas habían sido esculpidas durante siglos de viento y olas. Helena y Verónica recorrieron un sendero escarpado que serpenteaba junto al precipicio. Abajo, el sonido constante de las olas estrellándose contra las rocas.

El clima había mejorado bastante desde la tormenta de la noche anterior, pero el viento seguía siendo lo suficientemente fuerte como para obligarlas a alzar la voz para escucharse por encima del rugido del mar.

—Según los datos de Matías, la tubería de descarga debe estar por esta zona —gritó la doctora, consultando las notas que había traído consigo—. Las coordenadas GPS que registró apuntan más o menos por aquí.

Se detuvieron en un punto donde el acantilado formaba una pequeña bahía oculta, invisible desde el pueblo pero perfectamente accesible para operaciones que requerían una discreción absoluta.

La detective se acercó al borde, observando el paisaje costero que tenían a sus pies.

—Esto solo es accesible por mar o bajando por aquí—observó, señalando un pequeño sendero que descendía hacia la playa—. Perfecto para actividades en las que no quieres que te vea nadie.

—O si conoces los túneles —añadió la doctora.

Verónica se giró hacia ella con sorpresa.

—¿Túneles? —preguntó alzando las cejas.

—Antiguos túneles que usaban los contrabandistas —explicó Helena, señalando hacia unas formaciones rocosas que parecían naturales pero que mostraban signos sutiles de modificación humana —. Conectan la costa con el interior. Algunos llegan hasta la zona donde está la planta procesadora de los Aguirre. Eran muy utilizados en el pasado para el contrabando.

La playa oculta era una cala pequeña y perfectamente protegida, rodeada de formaciones rocosas que la hacían invisible desde cualquier ángulo excepto desde el mar abierto. Era el lugar perfecto para actividades clandestinas, un secreto guardado por la geografía misma y que solo los locales conocían.

La detective señaló con el dedo índice hacia algo que sobresalía entre las rocas: una tubería de metal industrial, parcialmente oculta por siglos de sedimentos marinos pero claramente artificial. Un líquido viscoso y de color anómalo goteaba constantemente hacia el mar, creando una mancha iridiscente que se extendía hacia aguas más profundas.

—Aquí está —murmuró la doctora, acercándose con cautela—. Exactamente donde indicaban los datos de Matías.

Se enfundó los guantes de látex y comenzó a tomar muestras del líquido. Mientras tanto, Verónica fotografiaba todo con su teléfono, documentando ángulos, ubicaciones, detalles que podrían ser cruciales en un eventual juicio.

—Tenemos que conseguir una orden judicial para la planta procesadora —murmuró la detective, continuando con las

fotografías.

—Con esto, más los datos de Matías... —comenzó Helena, pero se interrumpió de inmediato al escuchar un sonido que no pertenecía al entorno natural.

El ruido de un motor se acercaba desde el mar abierto. Un bote apareció frente a ellas en la bahía, navegando directamente hacia su posición con una determinación que sugería que sabían o al menos esperaban que estarían allí.

—Tenemos que irnos —susurró Verónica, señalando hacia el sendero.

La oscuridad húmeda de los túneles las envolvió como un abrazo a la vez protector y claustrofóbico. Helena guiaba a la detective por antiguos pasadizos estrechos que habían sido excavados décadas atrás por contrabandistas que conocían el valor de tener rutas secretas en una costa tan aislada.

La única luz provenía de la linterna del teléfono móvil de la doctora y creaba sombras en las paredes de roca que parecían moverse con vida propia.

—¿Cómo conoces tan bien estos túneles? —preguntó la detective y su voz resonó en el espacio confinado.

—Como forense, conozco cada rincón en el que pueden aparecer cuerpos —respondió sin dejar de correr—. Además, todos los niños del pueblo juegan por esta zona en algún momento de su vida, aunque sus padres se lo prohíban. Es como una tradición.

Verónica le lanzó una mirada que era parte sorpresa, parte diversión.

—En realidad, los exploré para estudiar la geología local. Mi tesis doctoral incluía un capítulo sobre formaciones costeras patagónicas.

—¿La doctora tiene sentido del humor? Nunca me lo hubiese imaginado —murmuró Verónica—. Impresionante.

Pero el breve momento de diversión se interrumpió al escuchar voces lejanas, ecos que se filtraban por los túneles con esa distorsión que hacía imposible determinar la distancia exacta.

—Nos siguen —susurró la detective—. Debemos darnos prisa.

—Por aquí —indicó Helena, tomando una bifurcación que ascendía gradualmente y acelerando el paso.

La luz que comenzaba a filtrarse desde arriba prometía una vía de escape y aire fresco.

Emergieron por una apertura disimulada entre la densa vegetación que caracterizaba los bosques cercanos al pueblo. Respiraban de manera agitada tras el esfuerzo.

Se giraron para mirar atrás, asegurándose de que no las habían seguido, pero parecían haber logrado evadir a sus perseguidores, al menos temporalmente.

—Necesitamos poner esta evidencia a salvo —murmuró la detective, aferrando el bolso que contenía las muestras que Helena había recolectado.

—Y a nosotras —añadió la doctora, claramente aterrorizada.

Sin pensarlo, actuando por puro instinto, Verónica tomó el rostro de Helena entre sus manos y la besó con una intensidad que hablaba de supervivencia, de conexión, de la necesidad humana básica de afirmar la vida frente al peligro.

—Lo siento —susurró cuando se separaron, ambas jadeando—. El peligro me pone…

Pero Helena no la dejó terminar. La besó de vuelta con una urgencia que sorprendió a ambas, años de represión emocional se revelaron en un momento de vulnerabilidad absoluta.

—A mí también —suspiró contra sus labios.

Se besaron con urgencia, apoyadas contra un árbol cuyo tronco proporcionaba tanto soporte físico como la ilusión de protección. Sus manos exploraron por debajo de la ropa, buscando conexión, calor, confirmación de que estaban vivas y seguían juntas.

Pero fue Helena quien recuperó la compostura primero.

—Deberíamos... El caso... —murmuró, aunque su respiración agitada traicionaba su estado de excitación.

La detective asintió a regañadientes.

—Cierto. El caso primero —concordó—. Además, todavía no estamos a salvo del todo.

Capítulo 8

El microscopio reveló la verdad con la claridad implacable que solo la ciencia podía ofrecer.

Helena ajustó el enfoque una vez más, aunque ya sabía lo que vería en la muestra de agua contaminada que habían recolectado de la tubería oculta. Las mismas partículas químicas, la misma composición tóxica que había encontrado en los pulmones de Matías Orellana.

El laboratorio del hospital estaba sumido en esa quietud particular de los lugares médicos durante la noche, cuando solo las luces de emergencia permanecían encendidas y los pasillos resonaban con ecos casi fantasmales. La doctora había conseguido acceso después de horas, aprovechando su posición como única forense de la región para trabajar sin interrupciones.

Verónica paseaba por el laboratorio como un felino enjaulado, su teléfono pegado al oído mientras susurraba conversaciones urgentes con contactos de confianza en Buenos Aires. Su chaqueta de cuero crujía suavemente con cada movimiento, y Helena encontraba ese sonido extrañamente reconfortante en medio de la tensión que las rodeaba.

—Es la misma sustancia química —anunció la doctora, apartándose del microscopio y frotándose con los dedos los ojos cansados—. Los químicos en la tubería coinciden exactamente con los encontrados en los pulmones de Matías. Fosfatos industriales, residuos de procesamiento de pescado, y compuestos que no deberían existir en aguas naturales.

Verónica terminó su llamada con un suspiro frustrado, guardando el teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

—Mi contacto en la federal recibirá todo mañana —informó, acercándose a Helena—. Tiene credenciales limpias y experiencia en casos de corrupción empresarial.

—¿Confías en él? —preguntó.

—Después de lo que pasó en Buenos Aires, ya no confío en nadie —respondió la detective, pero luego su expresión se suavizó mientras miraba directamente a Helena—. En casi nadie.

El teléfono de Helena rompió la magia del momento con su sonido estridente, sonó demasiado fuerte en el silencio del laboratorio. Helena miró la pantalla, reconociendo inmediatamente el número de Ramiro Torres.

—Dra. Durán —respondió, activando el altavoz para que Verónica pudiera escuchar.

La voz de Ramiro llegó distorsionada por la conexión, pero su estado de agitación era inconfundible.

—Helena, soy Ramiro. Tengo más información sobre lo que Matías descubrió. No puedo hablar por teléfono —su voz temblaba de una manera que Helena nunca había escuchado antes—. Esto es mucho más grande de lo que pensábamos.

Helena intercambió una mirada rápida con Verónica, quien se había acercado automáticamente al teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó Helena.

—En la reserva. En el cobertizo donde habéis encontrado las pruebas —respondió Ramiro de inmediato y había algo en su tono de voz que sugería que miraba constantemente por encima del hombro—. Ven rápido. Y no confíes en nadie.

La línea se cortó de manera abrupta, dejando un silencio que parecía vibrar con el peligro.

—Podría ser una trampa —susurró la detective.

Helena consideró la posibilidad.

—O podría tener información crucial —respondió—. Ramiro estaba aterrado. Conozco su voz desde la universidad, y nunca lo había escuchado así.

Se miraron, ambas calculando el dilema: ignorar la llamada podría significar perder información vital, pero responder podría llevarlas directamente hacia el peligro.

La detective se acercó a Helena, y cuando habló, su voz adquirió una suavidad solo reservada para los momentos más íntimos.

—Si algo sale mal... —comenzó.

—No pienses eso —la interrumpió Helena, aunque su voz carecía de convicción.

—No, déjame decirlo —insistió Verónica, tomando la mano de Helena entre las suyas para apretarla ligeramente—. Estos días contigo han sido... inesperados, pero muy importantes para mí.

Helena sonrió y por un momento, olvidó la investigación, el peligro, todo excepto la mujer que tenía frente a ella.

—Para mí también lo han sido —admitió con un largo suspiro.

Se besaron brevemente, un beso que sonaba al mismo tiempo a promesa y a despedida.

—Vamos —propuso la detective cuando se separaron.

***

El centro de investigación de la reserva se alzaba contra la oscuridad del cielo nocturno como una silueta recortada en papel negro. Las únicas luces provenían de una lámpara tenue en el cobertizo donde habían encontrado las primeras evidencias, y del resplandor lejano de las farolas del pueblo que se filtraba con dificultad a través de los árboles.

Helena y Verónica se acercaron con cautela, sus pasos amortiguados por la hierba húmeda que crecía alrededor del edificio. Verónica se detuvo en seco, alzando una mano para detener a la doctora. Su experiencia en operaciones peligrosas había activado todos sus instintos de supervivencia.

—Algo no va bien —susurró, escaneando los alrededores.

El silencio era demasiado completo. Ni siquiera se escuchaban los sonidos nocturnos habituales de los animales, era como si toda la vida se hubiera retirado del área.

Llegaron a la puerta del cobertizo, que estaba entreabierta de una manera que parecía tanto una invitación como una advertencia. La luz que se filtraba por la abertura creaba un rectángulo dorado en el suelo, pero no revelaba nada del interior.

Ramiro Torres estaba sentado de espaldas a la puerta, inmóvil en una silla frente a la mesa donde habían encontrado por primera vez las evidencias de Matías. Su postura parecía relajada, como si estuviera simplemente trabajando, pero algo en la quietud absoluta

de su cuerpo hizo que la detective sintiera un inmediato escalofrío de alarma.

—¿Ramiro? —llamó Helena, acercándose con pequeños pasos.

No hubo respuesta. Ni siquiera el ligero movimiento que indicaría respiración.

La detective notó los detalles que Helena, concentrada en su amigo, había pasado por alto: la forma antinatural en que la cabeza de Ramiro se inclinaba hacia delante, la ausencia total de movimiento, sobre todo, la mancha oscura que se extendía por el suelo desde debajo de la silla.

Empujó a Helena a un lado justo cuando Ramiro cayó hacia delante, revelando una herida en la parte posterior de la cabeza que había sangrado profusamente antes de coagularse. Estaba muerto, seguramente desde hacía tiempo.

—¡Es una emboscada! —gritó, pero era demasiado tarde.

Cuatro hombres emergieron desde las sombras del cobertizo como depredadores que hubieran estado esperando el momento perfecto para atacar. Eran los mismos que habían visto en el bote, sus rostros endurecidos por años de trabajo que seguramente incluía violencia cuando era necesaria.

La detective reaccionó de inmediato, pegando un puñetazo en la garganta a uno de los hombres que cayó al suelo, pero un segundo la golpeó en la sien con algo pesado antes de que pudiera defenderse.

La doctora trató de ayudar, moviéndose hacia Verónica con más coraje que experiencia en combate, pero fue sujetada fácilmente por otro de los hombres e inmovilizada.

Fue entonces cuando Diego Salvatierra entró al cobertizo. Su expresión era sombría pero no había ninguna sorpresa en sus ojos, como si hubiera estado esperando justo este momento.

—Qué lástima —murmuró, observando el cuerpo de Ramiro con la indiferencia de quien había visto demasiadas muertes—. Ramiro sorprendió a unos ladrones que intentaban robar equipos de la reserva. Y vosotras, desafortunadamente, habéis aparecido en el peor momento. Los ladrones no podían dejar testigos y acabaron también con vuestra vida.

Verónica forcejeaba contra el hombre que la sujetaba, sangre goteando de la herida en su sien, pero sus ojos brillaban con una furia que no había sido disminuida por el golpe.

—No te saldrás con la tuya —siseó entre dientes apretados.

Salvatierra sonrió, pero era una sonrisa que Helena reconoció como la de alguien que había estado planificando este momento durante mucho tiempo.

—Ya lo he hecho —respondió con una calma que era más aterradora que cualquier amenaza explícita—. Ramiro se puso nervioso cuando encontrásteis las pruebas en este cobertizo. Quería contarlo todo. No podía permitir eso, como es natural. Hay demasiado en juego, la propia supervivencia de nuestro pueblo. Pero claro, ¿qué saben de esas cosas una detective de Buenos Aires y una doctora que apenas se relaciona con el resto de la gente?

Hizo un gesto casi casual, y los hombres comenzaron a arrastrar a Helena y Verónica hacia la puerta. La doctora luchó contra el pánico que amenazaba con paralizarla, forzando su mente a buscar soluciones, escape, cualquier cosa que pudiera salvarlas.

Sus ojos se encontraron con los de Verónica, y en esa mirada compartida vio miedo, sí, pero también una determinación feroz que le dio esperanza. En ese instante supo que la detective no se rendiría fácilmente, y eso significaba que aún tenían posibilidades.

Mientras las arrastraban hacia la oscuridad exterior, Helena se preguntó si alguien las echaría de menos lo suficientemente pronto como para buscarlas, o si simplemente se convertirían en otra tragedia más en la historia silenciada de Bahía Negra.

El sonido de pasos sobre grava les anunció que más gente se acercaba, y Helena comprendió con una claridad terrible que Salvatierra había planificado esto meticulosamente. No era solo una emboscada; era una operación diseñada para eliminar permanentemente la amenaza que representaban para la planta procesadora de la familia Aguirre.

Mientras las empujaban hacia los vehículos que esperaban en la oscuridad, Helena alcanzó a escuchar el último sonido que esperaba: el motor de un bote que se alejaba del muelle cercano, llevando consigo la evidencia que nunca llegaría a las autoridades federales.

Capítulo 9

La tormenta desató toda su furia como si los dioses hubieran decidido que Bahía Negra necesitaba un exorcismo final.

Helena y Verónica fueron empujadas por el sendero escarpado de los acantilados, sus pies resbalando peligrosamente sobre las rocas mojadas que brillaban como si fueran vidrio negro con cada relámpago. El viento huracanado azotaba sus rostros con gotas de lluvia que se sentían como casi proyectiles helados, mientras unas enormes olas se estrellaban contra las rocas cincuenta metros más abajo con un rugido que pretendía competir con los truenos.

Salvatierra y sus hombres las seguían de cerca, moviéndose con la confianza de quienes conocían cada piedra del camino. El jefe de policía había abandonado toda pretensión de cortesía profesional; el uniforme empapado se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, y sus ojos brillaban con la determinación de alguien que había cruzado demasiadas líneas como para echarse atrás.

—¡Una tragedia! —gritó Salvatierra por encima del viento—. ¡Dos mujeres valientes investigando la costa durante una tormenta! ¡Arrastradas por una ola! Me parece más dramático que lo de los ladrones. Y mucho más creíble si se inicia algún tipo de investigación desde Buenos Aires.

Llegaron a un punto en el que el sendero se estrechaba de manera peligrosa sobre el abismo. Helena pudo ver las olas que se alzaban como montañas líquidas antes de estrellarse contra las rocas, enviando columnas de espuma blanca hacia arriba que se mezclaban con la lluvia torrencial.

El terror formó un nudo en su estómago, pero su mente seguía funcionando, calculando posibilidades de supervivencia, buscando cualquier ventaja que pudieran tener.

—¡Nadie creerá que fue un accidente! —gritó la doctora.

Salvatierra soltó una carcajada.

—¡En este pueblo la gente cree cualquier cosa que se le diga! —respondió, poniendo los ojos en blanco—. ¡Llevan décadas haciendo justamente eso!

Uno de los hombres empujó con fuerza a la detective, quien perdió el equilibrio y resbaló hacia el borde del precipicio. Por un momento que pareció eterno, Helena pensó que la había perdido para siempre, pero Verónica logró agarrarse a una protuberancia rocosa que sobresalía del acantilado.

Helena se lanzó hacia delante para ayudarla, pero fue retenida por uno de los atacantes, cuyos dedos se clavaron en sus brazos con fuerza suficiente para dejar hematomas.

Fue entonces cuando los faros de un automóvil cortaron la oscuridad como cuchillos de luz, iluminando la escena desde el mirador superior. Un vehículo se había detenido en el punto más alto del acantilado, y dos figuras bajaron de manera apresurada.

—¡Alto! —el grito de Lucía Aguirre atravesó la tormenta como una flecha.

Todos miraron hacia arriba, descubriendo a Javier Aguirre y su hija en el borde del mirador. Lucía sostenía su teléfono con ambas manos, la pantalla iluminada grabando toda la escena.

—¡Está todo grabado! —gritó—. ¡Lo estoy transmitiendo en vivo a las redes sociales!

La declaración sorprendió a Salvatierra y sus hombres. En la era de las redes sociales, un video viral podía destruir décadas de silencio cuidadosamente cultivado en cuestión de minutos.

Verónica aprovechó el momento de distracción para liberarse de su precaria posición en el borde del acantilado y golpear a su captor en el estómago. El hombre se tambaleó, perdiendo momentáneamente el equilibrio.

Salvatierra, viendo que la situación se le escapaba de las manos, sacó su arma reglamentaria y apuntó directamente a la detective. El metal del revólver brilló bajo los relámpagos como una promesa de muerte. Ya no le importaba nada. Si las pruebas salían a la luz, todo había terminado para él.

Helena reaccionó sin pensar, lanzándose sobre Salvatierra con la desesperación de alguien que no puede perder a la persona que

ama. El arma se disparó, la bala rozando su hombro y arrancando un grito de dolor que se perdió en el rugido de la tormenta.

—¡HELENA! —el grito de Verónica cortó el aire como una cuchilla.

El borde del acantilado cedió bajo el peso de Salvatierra, sus manos se aferraban desesperadamente a cualquier cosa que pudiera frenar su caída.

—Pensé que te perdería —susurró la doctora contra el cuello de Verónica.

—Nunca. No te librarás de mí tan fácilmente —bromeó la detective.

Javier Aguirre y Lucía habían descendido hasta ellas, navegando con cuidado el sendero para no caer al mar. Los hombres de Salvatierra habían huido en cuanto vieron caer a su jefe, desapareciendo en la oscuridad como fantasmas que nunca habían estado allí.

Javier observaba el lugar donde Salvatierra había desaparecido, su rostro reflejando una mezcla de shock y algo que podría ser alivio.

—Yo nunca ordené... nunca quise que mataran a nadie —murmuró, como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo más que a ellas.

Lucía miró a su padre con desprecio.

—¿Y qué esperabas, papá? —preguntó con una voz que cortaba como cristal roto—. ¿Que envenenar la bahía no tendría consecuencias?

Las luces de las linternas aparecieron en la distancia. Varios policías y especialistas en rescates llegaban al lugar alertados por la transmisión en vivo de Lucía que había sido vista por cientos de personas en tiempo real.

Helena examinó la herida de Verónica, notando cómo la sangre se mezclaba con el agua de la lluvia.

—Estás sangrando mucho —murmuró, tocando suavemente la herida en la sien de Verónica.

Verónica sonrió, señalando con el dedo el hombro de Helena donde la bala había dejado su marca.

—Tú también —respondió.

Capítulo 10

Los días siguientes pasaron en un torbellino de declaraciones, arrestos y revelaciones que sacudieron por completo los cimientos de Bahía Negra. Helena se encontró testificando ante investigadores federales, mostrando evidencia forense que había recolectado de manera meticulosa, mientras Verónica supervisaba el arresto de ejecutivos de la planta pesquera que habían estado involucrados en la conspiración.

Lucía Aguirre testificó con una valentía que impresionó incluso a los investigadores más veteranos, mientras su padre observaba desde el banquillo de los acusados, derrotado y envejecido por el peso de su codicia.

Trabajadores especializados llegaron desde Buenos Aires para instalar equipos de filtración en la planta, comenzando el largo proceso de restauración ambiental que devolvería la bahía a su estado natural.

En la reserva marina, se instaló un altar improvisado en memoria de Matías Orellana. Su fotografía sonriente, rodeada de flores silvestres y velas que la comunidad traía constantemente, se convirtió en un símbolo de justicia.

Una semana más tarde, Helena entró por fin en la habitación cerrada de su hija, abriendo las ventanas que habían permanecido selladas durante cinco larguísimos años. El aire fresco entró como una bendición, llevándose el olor a polvo y tristeza.

Tomó con cariño algunos objetos: un oso de peluche desgastado, un libro de cuentos con páginas arrugadas por años de lecturas nocturnas, una caja de crayones que aún conservaba el aroma a cera infantil. Los examinó con una mezcla de dolor y algo que podría haber sido paz.

Verónica apareció en la puerta, observando en silencio. Cuando Helena la vio, le dedicó una sonrisa triste, aunque llena de esperanza.

—Estoy pensando en convertirla en un estudio —admitió la doctora.

—¿Estás segura?

Helena consideró la pregunta durante varios segundos.

—No —confesó—. Pero supongo que es un comienzo.

Verónica la abrazó desde atrás, rodeando su cintura con los brazos, ofreciendo tanto consuelo como fortaleza. Se quedaron así durante un largo rato, compartiendo el peso del pasado y la posibilidad de un nuevo futuro.

—Me ofrecieron quedarme en la comisaría provincial. No es Buenos Aires, pero está a solo una hora de aquí —anunció la detective—. En Bahía Negra no hay necesidad de tener una detective de homicidios.

—Afortunadamente —susurró la doctora.

A continuación, se giró para mirarla, buscando en sus ojos la confirmación de lo que había escuchado.

—¿Lo considerarás? —preguntó con miedo.

—Ya lo decidí —respondió Verónica—. Si tú quieres…

—Sí —la interrumpió Helena antes de que pudiera terminar la frase—. Por supuesto que quiero.

Se besaron. Cinco años de soledad y dolor se disolvieron con la promesa de algo nuevo. Helena comenzó a desabotonar la camisa de Verónica temblando ligeramente por la emoción.

—¿Aquí? —preguntó la detective, sorprendida.

Helena se detuvo, mirando alrededor de la habitación que había sido un santuario de dolor durante tanto tiempo.

—No, aquí no —respondió con un suspiro, tomando su mano y llevándola hasta el dormitorio.

Esta vez, hicieron el amor con lentitud. Saborearon cada momento, cada caricia, cada suspiro compartido. No había prisa.

—Te amo —susurró Verónica cuando alcanzó el orgasmo, con los dedos de Helena todavía dentro de ella.

Más tarde, mientras reposaba con la cabeza apoyada sobre el pecho de Verónica, la doctora se dio cuenta de que por primera vez en cinco años, el sonido de las olas rompiendo contra los acantilados

no ahogaba recuerdos dolorosos sino que prometía un nuevo comienzo.

—¿Sabes? Nunca te pregunté por qué te elegiste ser forense —murmuró Verónica contra su pelo.

Helena consideró la pregunta mientras trazaba suaves círculos con la punta de sus dedos alrededor del pezón de la detective.

—Porque los muertos merecen que alguien cuente su verdad —respondió tras hacer una pausa—. Cuando ya no pueden hablar por sí mismos, alguien debe ser su voz. ¿Y tú? —preguntó—. ¿Por qué elegiste ser detective de homicidios?

Verónica sonrió, besando el cabello de la doctora.

—Porque los vivos merecen justicia —respondió—. Porque alguien tiene que estar dispuesto a luchar por las familias de los que ya no pueden luchar por sí mismos.

Se quedaron así durante varios minutos, simplemente respirando juntas, sintiendo los latidos de sus corazones que gradualmente volvían a un ritmo normal.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esto? —suspiró Verónica, acariciando la espalda desnuda de Helena con movimientos lentos y reconfortantes.

—¿Qué?

—Que no hay prisa. No hay urgencia —respondió—. Solo... esto. Nosotras. Todo el tiempo del mundo para estar juntas a partir de ahora.

Helena se incorporó ligeramente para mirarla, encontrando en los ojos de Verónica esa paz que había estado buscando sin saberlo durante años. Era extraño pensar que habían necesitado encontrarse en medio de la investigación de un asesinato para descubrir esa tranquilidad.

Se besaron de nuevo, suavemente esta vez. Mientras se acurrucaban juntas para dormir, Helena escuchó el sonido familiar de la respiración de la detective haciéndose cada vez más lenta hasta que el sueño la reclamó.

Permaneció despierta unos minutos más y se preguntó qué pensarían su hija y su esposa de esta nueva vida que estaba a punto de construir. Esperaba que entendieran que amar a Verónica no

disminuía el amor que sentía por ellas. Estaba segura de que si podían verla desde algún lugar, estarían contentas de verla feliz.

Y mientras se iba quedando dormida, susurró el nombre de Verónica y sonrió antes de besar su frente, ilusionada con la nueva vida que las esperaba en Bahía Negra.